

# 3-La reacción institucional ante el golpe

---

## LA DIMISIÓN DE CASARES QUIROGA

El 18 de Julio Madrid era un hervidero de rumores y en las calles existía una animación inusitada. Desde las primeras horas, en los portales de los barrios obreros, las noticias del levantamiento del ejército se mezclaban una vez más con la leyenda urbana de los caramelos envenenados entregados por gentes de derechas a los hijos de los trabajadores (Marcelo, delegado de CNT del Puente de Vallecas, lo refiere en pág. 45 de “Gregorio Gallego, “Madrid, corazón que se desangra .Memorias de la guerra civil”)

En la calle de Alcalá, en la confluencia con Cibeles, se formaban y deshacían continuamente grupos que comentaban las noticias y las discutían con vehemencia. Al otro lado de la calle se encontraba el Ministerio de la Guerra y allí se reunían los dirigentes de los partidos políticos, convocados por Azaña, para tratar de encontrar una salida a la crisis provocada por el golpe.

Llamaba la atención la presencia en la ciudad de elementos obreros pero la huelga de la construcción les había liberado de la obligación del “tajo” y habían “bajado” a Madrid en busca de noticias; durante toda la jornada salían y entraban de sus sedes políticas, traían y llevaban rumores y se constituían en pueblo soberano, dispuesto a parar el golpe y a exigir los medios.

Casares Quiroga, superado por los acontecimientos, intentaba ganar tiempo y minimizaba públicamente el alcance del movimiento golpista. Lo circunscribía a la zona del Protectorado y consideraba que se habían tomado las medidas pertinentes para su desarticulación.

Los sucesivos contactos que el Gobierno mantenía con las distintas guarniciones del país dejaron pronto bien claro que el alcance era mucho mayor de lo que se

estimaba en un principio; en algunas provincias las autoridades civiles no respondían a las llamadas del Ministerio o respondían con evasivas, lo que les hacía más sospechosos.

En el interior del palacio de Buenavista los líderes sindicales y obreros reclamaban la entrega de armas. Pero Casares Quiroga no estaba dispuesto a cargar con esa responsabilidad ni a declarar el Estado de guerra. Temía que esto pudiera provocar la incorporación al movimiento de muchos jefes militares indecisos o neutrales, y sobre todo le aterraba la idea de entregar el poder político a los sindicatos y partidos obreros, *“es muy peligroso esto de armar a la gente, porque después nadie devuelve las armas”* (En el nombre del pueblo. Rafael Cruz, pag.235, tb en San Camilo 1936, C.J.Cela, 1974, p.155.)

Tampoco creyó conveniente que los militares comprometidos con la República tuvieran la autoridad y el control completo del Estado, pues no aceptaba una dictadura obrera, pero tampoco otra militar. Por eso no decretó el estado de guerra.

Trató de conservar la autoridad del Estado, sin ninguna cesión del poder a otros grupos políticos ni al ejército porque estaba convencido de poseer suficientes fuerzas comprometidas para resistir a una rebelión planeada con planteamientos decimonónicos y llena de improvisaciones e incertidumbres.

El jefe del gobierno optó por publicar un decreto ordenando la disolución de las guarniciones rebeldes y eximiendo a los soldados de la obediencia a sus jefes. Pretendía restar efectivos a los rebeldes pero olvidaba que en un ejército golpista, la desobediencia conduce directamente a la muerte. De hecho, cuando Queipo de Llano se subleva suspende los permisos de verano concedidos a jefes, oficiales y tropa y les urge a incorporarse a sus destinos en el plazo más breve,

*“exigiéndoles responsabilidad a los que no lo efectúen”* (ABC, Sevilla, 20 de Julio 1936)

Se ha discutido mucho acerca de esta medida, pero se olvida que Claridad, el órgano de la UGT el mismo día 18 de Julio recordaba a Levidoff quien en su técnica del contragolpe, aconsejaba el licenciamiento inmediato de los soldados al mando de una oficialidad rebelde( Claridad, 18 de Julio 1936) si bien la complementaba con la entrega de armas.

Al atardecer, tras la salida del trabajo, los obreros se concentraron en asambleas en las sedes de los partidos obreros y sindicatos. UGT había llamado a la movilización bajo la disciplina de cada una de las organizaciones y convocado a la “*defensa del Frente Popular y de la revolución democrática*” (Claridad, 18 de Julio 1936) En la calle de la Luna, sede de la Federación Local de Sindicatos se rompieron los precintos de clausura y se reunieron los cenetistas.”*Había que abrirse paso a codazos desde la calle en un ambiente de sofoco y turbamulta*”. Hacía unas horas que la CNT había convocado a los trabajadores al combate y estos se preguntaban que con que armas lo harían, A juzgar por los informes que allí se dieron, todo el potencial terrorista de la CNT madrileña aquel sábado 18 de Julio no pasaba de algo más de un centenar de pistolas de diferentes calibres y procedencias, con escasa munición; unas docenas de fusiles, dos cajas de bombas de mano y una cantidad imponderable de explosivos caseros que hacían más ruido que daño.

A las 9 de la noche, tras la dimisión de Casares, Azaña convocó en el Palacio Nacional, hoy Palacio de Oriente, a Diego Martínez Barrio, republicano y Gran Maestro de la Masonería y le encargó dos cometidos que no podría cumplir. Por un lado, la formación de un gobierno de coalición que rebasara el Frente Popular por la derecha, lo que explicaría la presencia de Sánchez Román, y que contara con los socialistas, concretamente con Indalecio Prieto, extremo al que se negó una vez más Largo Caballero. La segunda tarea era más complicada todavía, tratar de convencer a los rebeldes de que depusieran su actitud. Pero como le dice Mola, “*Es tarde, muy tarde*”.

Apenas seis horas duró Martínez Barrio; su efímero gobierno, exclusivamente de republicanos, se vino abajo cuando los socialistas, comunistas y anarquistas se negaron en redondo a llegar a ningún acuerdo con los golpistas. Los socialistas convocaron una concentración en la Puerta del Sol, frente a Gobernación, y la manifestación con miles de personas discurriría hasta las puertas del palacio protestando, reclamando armas y exigiendo la dimisión de Sánchez Guerra y de Martínez Barrio.

Giral se avino entonces a resolver el problema y aceptó el encargo de formar gobierno.

## **EL GOBIERNO GIRAL Y EL REPARTO DE ARMAS**

Pocos durmieron en Madrid durante aquella noche calurosa del 18 de Julio, de café en café, de sede en sede, del palacio de Gobernación hasta el cuartel de la Montaña, donde se había visto entrar durante todo el día a muchos paisanos Paulatinamente la ciudad iba adquiriendo el aspecto de un escenario de campaña con continuos controles y cacheos, en los que rápidamente se entendía la conveniencia de portar un salvoconducto de un partido u organización obrera que le identificara como leal a la República. Algunos coches ya fueron requisados y circulaban de un extremo a otro de la ciudad para establecer enlaces. Los civiles colaboraban en las tareas de vigilancia junto a las fuerzas del orden, y el pueblo dejó de circular por la acera y empezó a transitar por la calzada.

Desde el comienzo de la huelga de la construcción en Madrid la colaboración entre los ugetistas y cenetistas era más estrecha y en los barrios se habían constituido comités de alianza entre ellos, con la promesa de repartirse las armas que esperaban ,más bien que esperaban los socialistas que les repartieran .Los anarquistas eran conscientes de la dificultad de que a ellos se las entregaran , porque era recíproca la desconfianza que existía entre los miembros de las fuerzas del orden y ellos mismos. Gracias a sus contactos en los cuarteles habían detectado el nerviosismo entre algunos militares y llevaban días montando una discreta guardia en los accesos a la ciudad, en las estaciones, ante la Telefónica y en las puertas de los edificios principales; por ello los acontecimientos del día 17 en Melilla no les pillaron de improviso e inmediatamente, a lo largo del día 18 pudieron repartir cédulas de identificación, avales de los partidos y sindicatos y sobre todo establecer controles y colaborar en las tareas de vigilancia con las fuerzas de seguridad leales. Es probable que esos comités mantuvieran contactos con algunos militares de la UMRA o Guardias de Asalto, pues entre los relatos de

los testigos siempre aparece esa referencia, y es continua también la alusión a la presencia de Maximino Moreno, el asesino de Calvo Sotelo

Hacía ya un tiempo que entre los obreros más politizados se había emprendido una frenética carrera para la obtención de armas; los libertarios fabricaban explosivos caseros y ejercitaban el tiro en las cloacas del Manzanares, en los areneros de los altos de San Isidro y en un túnel para la recogida de aguas que había en la pradera. Sus armas resultaban un tanto anticuadas, “ *una pistola Star enroñecida que en cinco disparos se me encasquilló dos veces*”, escribirían más tarde( pág.31 de GregorioGallego).

Socialistas y comunistas mantenían mejores relaciones con los militares de la UMRA, algunos de los cuales les entrenaban en la Casa de Campo, en el Arroyo del Abroñigal o en las proximidades del barrio de la China. Estos contactos les facilitarían más tarde el acceso a las armas. Unos días antes del 18 de Julio venían sustrayéndose de los cuarteles de los diferentes cuerpos policiales algunas armas reglamentarias, con la complicidad de algunos mandos; los anarquistas contemplaban arrobados “*los tres primeros fusiles nuevecitos. Los habían conseguido tres muchachos que trabajaban en un garaje de la Ronda de Valencia cuando se los distribuían a las milicias socialistas*(pág.39 de Gallego.). Otras armas provenían del mercado ilegal, pero lo cierto es que aun con dificultades las armas que circulaban eran la Star 9 corto, Star 35,Astra 700 y el Super Destroyer 9 corto.

La distribución de armas no transcurría pareja con las actividades clandestinas de las organizaciones completas, ni siquiera a escala local, sino que probablemente fuera un asunto de pequeñísimos grupos hasta el día 18 de Julio, en el que lo que se reclamaban eran los fusiles que estaban almacenados en los cuarteles, y quienes los reclamaban eran las organizaciones en pleno.

Las armas debieron repartirse a título personal y dentro de los lazos de solidaridad y confianza establecidos; desde 1934 una orden del Gobierno impedía que los cerrojos y los fusiles de asalto Mauser se almacenaran juntos, por lo que parte se custodiaban en el Parque de Artillería de la Maestranza, en Pacífico, mientras los cerrojos se almacenaban en el cuartel de la Montaña. Rodrigo Gil, teniente coronel

y jefe del Parque , miembro de la UMRA ,se aprestó a hacer acopio de armas ya en las primeras horas, y es probable que consiguiera los 5.000 cerrojos del Cuartel de la Montaña cuando éstos todavía no se habían sublevado. El relato de la entrega a la una y media de ese día está un tanto confuso; según algunos lo hizo motu proprio, arriesgándose; según otros lo hizo forzado ante la presencia armada de Paulino García y del inefable Maximino Romero.

En el acopio de armas intervino Antonio Cordón, que más tarde sería general del Estado Mayor del Ejército Republicano y en parte gracias a su testimonio podemos reconstruir en alguna medida los hechos .Cordón, como tantos otros militares que no estaban en activo aquellos días, se presentó en el cuartel de Pacífico el 18 de julio,y comprobó que estaba protegido por las Juventudes Socialistas Unificadas. Con dos miembros de esta organización y cuatro militares más del cuartel se dirigió en una camioneta al Regimiento de Ferrocarriles de Leganés en busca de las carabinas y pistolas que tuvieran. Portaba una autorización del jefe del Parque de Artillería, un salvoconducto con el sello de la UGT que garantizaba su lealtad a la República y una pistola. En su camino hacia Leganés se cruzó con vehículos de todas clases, “*cargados hasta los topes*” y grupos de trabajadores que marchaban a pie por la carretera con la intención de defender Madrid. A la vuelta, tuvo que sufrir varios controles de milicianos que querían decomisar las armas, y los mismos que le acompañaban se quedaron con seis pistolas. Y no era extraño, razona, porque “*estar en posesión de una pistola en aquellas horas era la aspiración inmediata y suprema de millares de personas*”(Cordón, pág.401.)

Es probable que aquellas armas se repartieran esa noche, aunque no queda muy claro si fue a la mañana siguiente, el día 19, cuando se organizó la entrega en el Ministerio del Ejército. Hasta allí acudió Juan Simeón Vidarte, miembro del Parlamento y del PSOE,y según su testimonio recibió tres cajas con mil pistolas reglamentarias y sus municiones de manos del capitán Juan Barceló .Este extremo del reparto es corroborado por el mismo Cordón quien atribuye al mismo Barceló refiere el episodio diciendo que cuando llega al Ministerio de La Guerra existen dos mundos diferentes, el de abajo, que uno de sus interlocutores

identifica como el de la acción, y el de arriba, donde habita la burocracia. Precisamente es en uno de los salones donde se encuentra el nuevo ministro de la Guerra, el general Ochoa, y sentado Giral, el nuevo jefe del Gobierno. En cualquier caso, basta observar las fotografías del asalto al cuartel de la Montaña para comprobar cómo los milicianos que corren hacia su interior van muy mal armados o desarmados, y las propias fotografías del Archivo Rojo nos revelan cómo allí mismo se fueron entregando los fusiles Mauser tan preciados. El mismo Cordón sigue narrando que tras la misión de recogida de armas en Leganés, el teniente coronel Rodrigo Gil le encarga desplazarse al cuartel de la Montaña en busca de armas y él mismo recapacita que es una tarea improbable, porque las armas habrán durado lo que un caramelo a las puertas de un colegio. En ese sentido se inscribe la peripecia de Ruperto X, un anónimo vendedor de seguros, quien tiene la mala ocurrencia de salir con traje esa mañana del día 19 para trabajar y debe sortear varios controles desde la avenida de Aragón, hoy calle de Alcalá, y puede hacerlo gracias a su carnet del Partido Republicano Federal. Cuando regresa a casa, al día siguiente, su esposa comprueba que el traje ha sido sustituido por un mono y que lleva un enorme pistolón con una cartuchera de madera a la cintura. Es la moda de la nueva temporada, el modelo revolucionario.

La peripecia de los anarquistas también es narrada en primera persona. Los testimonios de Cipriano Mera, preso el día 18 de Julio son harto significativos. El 19 de Julio Teodoro Mora se presenta en la cárcel Modelo con la autorización del Ministerio de Gobernación y es liberado; lo primero que hace Mora es entregarle una pistola y decirle:” *Compañero, estamos haciendo la revolución.*”

Y allá que se van, a comprobar lo que no le gusta, como son los incendios de las iglesias, los enfrentamientos con los clérigos y los saqueos de los palacios.

Precisamente en uno de ellos, en el paseo de la Castellana, donde acuden porque les han hablado de un alijo de armas, lo único que encuentra son masas de gente que están robando literalmente y viene a decir que la revolución no es matar a un pobre conde. Desde allí se trasladan al cuartel de Carabanchel, donde se sirven

directamente las armas, si bien tiene que repartirlas, porque como él dice, cualquiera les niega las armas en el estado en el que estaban.

Esos primeros días se organizan ya las milicias para ir a la sierra, a impedir el avance de las columnas de Mola y también hacia Alcalá de Henares y Guadalajara.